

Sacó la consecuencia indubitable  
De que tenía aspecto de ministro.  
Jovial de la familia se despide,  
Franca hospitalidad agradeciendo.  
Diana allí estaba, y su delgada mano  
Él con las suyas a estrechar se atreve,  
Y ni siquiera, su verdugo siendo,  
Sintió al partir remordimiento leve.

## IV.

El hombre que no puede reformarse, aspira a reformar la sociedad.—  
Investigaciones filosóficas.—Su inutilidad.—Carlos se dedica a las  
ciencias.—No puede olvidar lo pasado.—Carta de J.\*\*\*—Deprava-  
ción moral de Carlos.—Incidente cuyos detalles más tarde conoce-  
rá el lector, y que influyó de un modo funesto en la suerte de la  
protagonista.

Del Atoyac en la risueña orilla,  
Cerca de Puebla la opulenta, Carlos  
Fijó su residencia solitaria.  
Llena el alma de tedio y amargura,  
Quiso reconcentrarse algunos meses  
Para estudiar, observador lejano,  
La sociedad a que tornar debía.  
Hallábase en la época sombría,  
Que casi siempre á la desgracia sigue,  
En que todo nos hiere; cuando hallamos  
El desprecio pintado en los semblantes,

El odio acaso, por doquiera vamos.  
Negando la verdad de los afectos,  
Consideró los lazos de familia  
Institución ridícula: olvidóse  
De aquel dogma inmortal que sólo admite  
El tránsito del hombre por la tierra  
Cual prueba de dolor, y a nuestros ojos  
En lontananza un paraíso pone,  
Premio al buen proceder. Vió á los humanos  
Cual máquinas juguete de la suerte,  
Y su desigualdad chocó: el rico  
Fué para él usurpador injusto  
Del tesoro común: hirió su mente  
El malestar del pobre, y se decía  
Que acaso nivelando la riqueza,  
La condición moral nivelaría.  
Dado a tan peligrosas abstracciones,  
Para romper los eslabones viejos  
Con que la sociedad se enlaza, quiso  
Estudiar la política: su fuente,  
Que es la historia, por él fué sondeada.  
Todas las democracias turbulentas,  
Los pueblos oprimidos bajo el yugo  
De un déspota cualquiera, ante sus ojos  
Pasando van, y en las primeras halla  
De destrucción cual germen, la influencia  
De la ignorante y ambiciosa turba:  
Repugnan a su alma generosa  
El destierro de Arístides, la muerte  
De Julio César. Al tender la vista

Por los pueblos modernos, ve a dos de ellos,  
 Que de acatar la libertad se jactan  
 Más que los otros, con injusta guerra  
 Llevar a China su comercio el uno;  
 Eternizar la esclavitud el otro,  
 O ya tender la usurpadora garra,  
 Valido de la fuerza, al exclusivo  
 Dominio de la América aspirando.  
 Miró al absolutismo eternamente  
 Sobre extorsión y sangre alzar su trono,  
 Y aun la aureola de esos hombres raros  
 Que encadenar supieron la anarquía,  
 Obscurecida a trechos por las sombras  
 De su injusticia y su crueldad. No advierte  
 Que la felicidad para los pueblos  
 En el régimen cífrase adaptado  
 A su índole propia, y que inflexible  
 A raya tenga a la ambición bastarda  
 Y a la virtud y al mérito enaltezca,  
 Siempre los adelantos promoviendo  
 Y el bienestar común.—Renuncia al cabo  
 A sus proyectos de reforma, viendo  
 De sus esfuerzos locos la impotencia,  
 Y queriendo ser útil a sí mismo,  
 Éntrase en los dominios de la ciencia.

Vedle por el jardín, clasificando  
 Cuantas hierbas y arbustos allí nacen;  
 Su biblioteca vasta consultando  
 Para saber si humilde florecilla

Que en el techo brotó de su ventana  
 Y que le sirve ahora de recreo,  
 Es de las conocidas por Linneo.  
 Vedle entre mil volúmenes, sudando  
 Por descubrir si los egipcios antes,  
 Embalsamaron sus mentadas momias  
 Por método difícil o sencillo,  
 Con esencia de rosa o de tomillo.  
 Vedle con el compás círculos varios  
 Trazando en el papel, radios en ellos  
 O diámetros y cuerdas y tangentes,  
 Y en duda de si un ángulo es agudo  
 O si es recto u obtuso, parar mientes.  
 Sobre carta geográfica inclinado  
 Busca después la latitud de Viena,  
 Y, por error o distracción, a Londres  
 Quiere hallar del Sahara entre la arena.  
 A su tejado sube, que habilita  
 De observatorio, y desde allí, cual Newton,  
 Nombra y numera las estrellas todas,  
 Puesto al rigor del aire y el sereno;  
 Y muchas veces, de entusiasmo lleno,  
 Suda y se desespera ¡hombre infelice!  
 Anhelando entre cien constelaciones  
 La Cabellera ver de Berenice.

Así cuando en sus alas la memoria,  
 Tendiendo el vuelo a los antiguos días,  
 Sólo trae recuerdos de amargura,  
 Para olvidar su dolorosa historia

Con avidez ocupaciones frías  
 En su aislamiento el hombre se procura;  
 Pero su distracción muy poco dura,  
 Que, al creerse curado, si la puerta  
 Abre del corazón, ve que allí moran  
 Vivo el dolor y la esperanza muerta!

Era la noche, y entregado al sueño  
 Carlos, su acalorada fantasía  
 De lo pasado la engañosa imagen  
 Ante sus ojos con afán ponía.  
 Otra vez a su lado está Diana  
 Inocente y leal; sus trenzas blondas,  
 Su rostro de ángel, su flexible talle,  
 Del lago azul en las inquietas ondas  
 Ve reflejarse, y su amoroso acento  
 De nuevo resonaba en sus oídos,  
 De su fe con el dulce juramento;  
 Mas de repente aléjase la joven  
 Y de seguirla Carlos trata en vano,  
 Que un poder invisible le detiene,  
 Ella el rostro volvió para decirle:  
 «Cuando yo estaba enferma y te pedía  
 Que me sirviera de sostén tu brazo,  
 Me le negaste; cuando yo en tu seno  
 Quise mi frente reclinar que ardía  
 Con fiebre destructora, tú, inflexible,  
 Me rechazaste de dureza lleno,  
 Y en espantosa soledad moría!  
 Carlos, jamás me llamaré tu esposa!»

Lleno de angustia el corazón, despierta:  
 Un helado sudor su frente baña:  
 El alba tarda de lluvioso día  
 Mezclaba ya sus tintas desiguales,  
 Y viento y agua con terrible saña  
 De su ventana azotan los cristales.  
 Pocas horas después llega un correo  
 Que le traía carta de su amigo.

«Carlos, querido Carlos! (le decía)  
 He respetado ya por tiempo largo  
 Tu soledad y tu silencio amargo,  
 Pues tu dolor inmenso comprendía;  
 Pero ya es tiempo de que al mundo vuelvas  
 A cumplir tus deberes: lo pasado  
 No debe así tenerte encadenado  
 Cual a inútil misántropo en las selvas.  
 ¡Cierto que el golpe fué mortal! Que nunca  
 Tan pérfida creyera yo a Diana. . . .  
 Mas, respóndeme, Carlos, ¿tú lo viste?  
 Y aun mirándolo tú ¿no te engañaste?  
 Porque del alto pedestal de gloria  
 A que subido había, no comprendo  
 Cómo quiso Diana descendiendo,  
 Que la llamaran de su sexo escoria.

«¿Te acuerdas de la vieja que vivía  
 En la quinta, y sirvió, si no me engaño,  
 De Mercurio no fiel en tus amores?  
 Pues ha venido a la ciudad, enferma:

Ayer me hizo llamar; acudí luego,  
 Y me dió para ti la carta adjunta.  
 Yo, al suponer que su pobreza es honda  
 Y que en su carta auxilio te pedía,  
 Dile algunas monedas, y, no obstante,  
 En que te la enviara ella insistía,  
 Pues que llegue a tus manos le interesa.»

—¿Con qué derecho a traspasar mi asilo  
 Mis amigos se atreven? ¿Qué deberes  
 Me excitan a cumplir? ¿Qué les importa  
 Que yo consuma inútil existencia,  
 Si me conformo con vivir tranquilo  
 Desde que conocí por experiencia  
 Que el vicio triunfa y la honradez aborta?  
 Y esa mujer que mi piedad reclama  
 Porque el horror de la miseria siente,  
 ¿Ignora que es mayor mi desventura?  
 ¿Ignora que sospecho que en la trama  
 Contra mi dicha urdida, andaba ella,  
 A mi rival sirviendo y a su ama?  
 ¡Oh! padecer es el común destino!  
 Tenga para sufrir filosofía:  
 Yo no puedo ni quiero dar consuelos  
 Que ningún ser humano me daría.

Dijo así Carlos, y en su mesa arroja  
 La carta de la anciana sin leerla.  
 Su corazón estaba endurecido,  
 Muerto a la compasión: él de rodillas

Al extremo del mundo hubiera ido  
 Por escuchar lo que el papel contiene,  
 Y semejaba al caminante ciego  
 Que, de la sed quemado por el fuego,  
 No ve la fuente que a su lado viene.  
 Así tal vez su orgullo, su inclemencia,  
 De que haciendo él está punible alarde  
 Que ha de lavar con lágrimas muy tarde,  
 Castiga inexorable Providencia.

## TERCERA PARTE.

## I.

Juicios que ha de abrigar el mundo con respecto a Diana.—Una lágrima  
sobre un sepulcro.—Temores del autor.

Ignoro si al mirarte bosquejada  
En mis humildes versos, habrán dicho  
Que en el mundo no existes y engendada  
Fuiste de necio autor por el capricho.  
Te confieso —pues eres reservada—  
Que todo eso lo había yo predicho:  
Tu sensibilidad, tu amor profundo,  
Son exóticas plantas en el mundo.

Tal vez alguno que impaciente aguarda  
El fin de esta leyenda, piensa ahora  
Que te disfrazo y que mi pluma tarda  
En ser de la verdad reveladora;  
Y se figura ya verte gallarda,  
Diana entre las selvas cazadora,  
Con flechas mil que á tu carcax reservo  
Hiriendo audaz al espantado ciervo.

Otros dirán que existes y que acaso  
 Me enamora tu encanto peregrino;  
 Que ante ti me prosterno y á tu paso  
 La huella beso de tu pie divino:  
 Que ser no quiero en tu alabanza escaso  
 Porque de gratitud aguardo en sino  
 Leve sonrisa de tu boca pura,  
 Mirada intensa de inmortal dulzura.

No, Diana: tú existes, tan hermosa  
 Cual no alcanza á idear la fantasía:  
 Marchas por una senda misteriosa  
 Que acá en la tierra al desengaño guía:  
 Es tu suerte la suerte lastimosa  
 Del ave que volando al Mediodía  
 Sobre el Océano, en su angustioso anhelo  
 Sitio no halló donde parar el vuelo.

Tú vives en el mundo y su mirada  
 En tu semblante clava codiciosa  
 La multitud, sin serle revelada  
 Tu noble inteligencia gloriosa:  
 Mérito como el tuyo tiene en nada,  
 Y sus ídolos falsos ella osa  
 Ensalzar, imitando al rey azteca  
 Cuando por abalorio el oro trueca.

No, Diana: tú existes, y tu encanto  
 Presta valor a la leyenda mía,  
 Cual presta su belleza el azul manto

Del claro cielo a la fontana fría.  
 Yo tu beldad y tu ternura canto:  
 Tiene este libro que de noche y día,  
 Lejos del mundo, en acabar me empeño,  
 Mucho de realidad, poco de sueño.

Pero ¡amarte, Diana! En la pradera  
 ¿Puede abrirse en mitad del crudo invierno  
 La flor, hija de tibia primavera,  
 Que su miel guarda al pajarillo tierno?  
 ¿Ve con orgullo hacia la azul esfera  
 Árbol caído ya en olvido eterno?  
 ¿Puede el arroyo de cristal luciente  
 Retroceder a la nativa fuente?

¡Ay! cuéntales, Diana, a tus lectores  
 Que para el pobre corazón desierto  
 De tu cantor el sol de los amores  
 Es eclipsado sol, astro ya muerto.  
 Para él agostáronse las flores;  
 Para su nave emborrascóse el puerto,  
 Zarzas brotó bajo su pie la ruta;  
 Su almíbar ¡ay! se convirtió en cicuta.

Cuéntales cómo, niño todavía,  
 Cánticos lleno de entusiasmo alzaba,  
 Y mi frente radiosa de alegría  
 Al laurel de la gloria preparaba:  
 Cómo mi creadora fantasía  
 Incierto porvenir coloreaba